

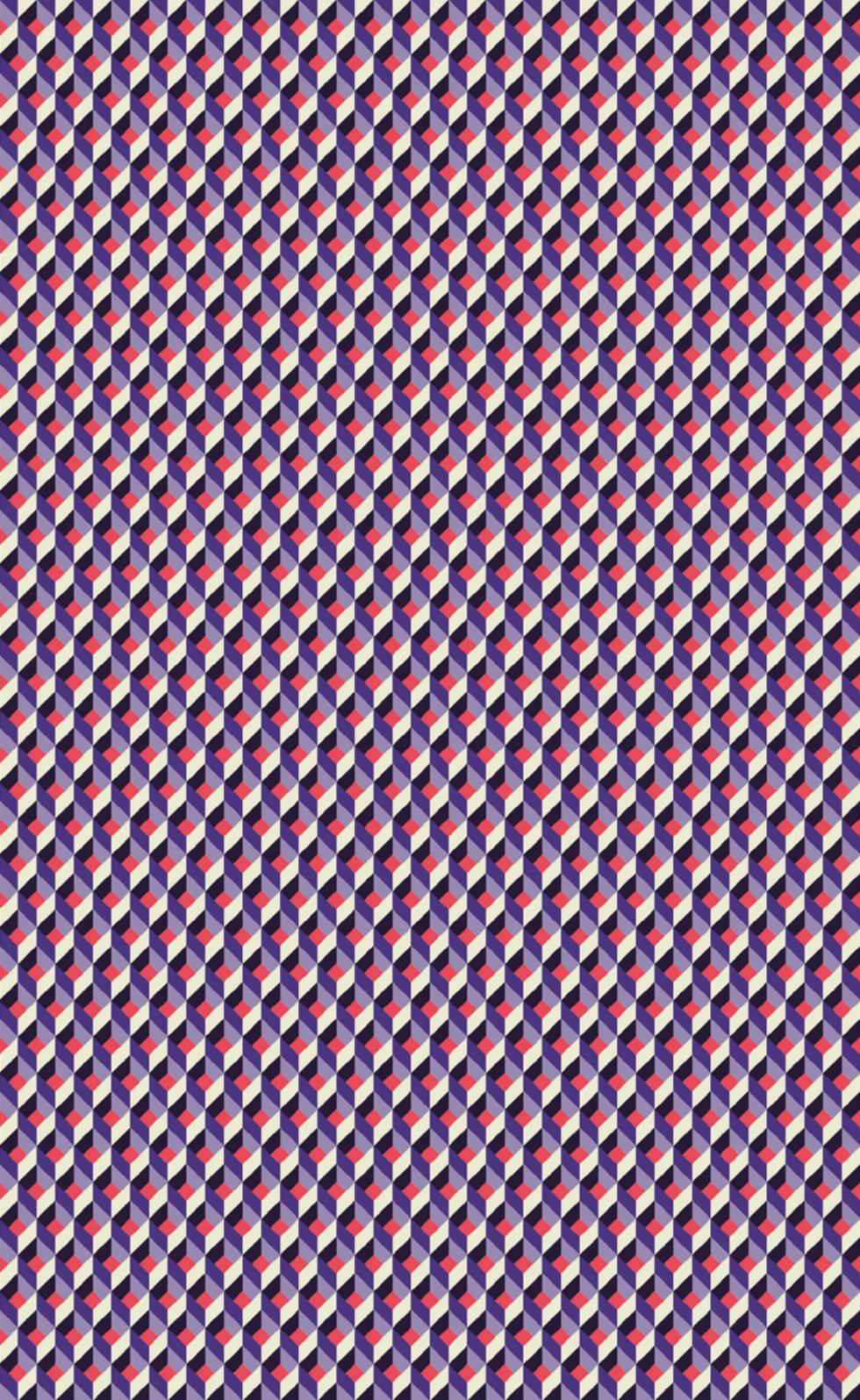
FRANCISCO LÓPEZ SERRANO

**LA
CONJURA
DE
BELGRAVIA**

SERIE ZENOBIA

CULTUR**e**BOOKS

**RELATOS
CORTOS**



FRANCISCO LÓPEZ SERRANO

**LA
CONJURA
DE
BELGRAVIA**



I CERTAMEN NACIONAL
DE RELATOS CORTOS

ZENOBIA



Universidad
de Huelva



Ayuntamiento
de **Moguer**

Datos Edición

Primera edición en formato Papel: octubre 2006

Primera edición en formato ebook: agosto 2020

© Universidad de Huelva

© Francisco López Serrano

Colección: **CULTUR**

Serie: **ZENOBIA** / N°: 1

Papel: Estucado mate 130 g

Encuadernación: Estucado mate 300 g

Impresión: Impreso en España. *Printed in Spain*

Depósito Legal: H-270-2006

ISBN papel: 978-84-18280-69-6

ISBN Ebook: 978-84-18280-28-3

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual.



EBOOK



Citar el libro



Navegar por marcadores e hipervínculos



Realizar notas y búsquedas internas



Volver al índice pulsando el pie de la página



Comparte
#LibrosUHU



Únete y
comenta



Novedades a
golpe de klik



Susíbete
a nuestras
novedades



El primer oficio que uno aprende en Londres es el de mendigo. Al contrario que en mi país de origen, donde el ejercicio de la mendicidad requiere dotes tan especiales como la locuacidad de un psicoanalista argentino, la penetración psicológica de un tahúr o la capacidad de mortificación de un penitente, para ejercer la mendicidad en esta ciudad no se precisa siquiera conocer el idioma inglés, basta con sentarse o tumbarse cómodamente dentro de un saco de dormir a la salida de una boca de metro o en un paso subterráneo, mientras se contempla el flujo del dadivoso río humano al lado de un bote de cerveza de alto octanaje (ni siquiera es preciso fingir que se es abstemio), y, sin necesidad de dar al rostro una expresión doliente o menesterosa (la inexpresiva contención del estafermo inglés es más que suficiente), pronunciar un formulario e invariable “Spend some change, please!” al paso de cualquier transeúnte.

Me hallaba practicando esta regalada profesión en una concurrida acera de Oxford Street cuando un flamante Bentley se detuvo a mi lado y un chofer negro ataviado con gorra de plato y uniforme me hizo señas para que me acercara. Me puse en pie emitiendo un crujido de huesos de indudable interés clínico llevaba más de siete horas sentado-, hice varios estiramientos y me dirigí hacia el auto, convencido

de que, ante el previsible monto de la dádiva, bien podía tragarme mi orgullo de mendigo londinense y, para variar, acercarme yo a mi benefactor. La puerta trasera del vehículo se abrió de forma automática y el chofer me invitó a entrar. Durante un instante me acometió una punzada de recelo. Asomé la cabeza a través de la puerta y advertí que el asiento trasero se hallaba vacío.

-Vamos, suba -repitió el chofer en tono de apremio ante los impacientes bocinazos que sonaban a su espalda-, no tenemos todo el día.

-¿De qué se trata? -indagué precavido sin decidirme.

-Lo sabrá a su debido tiempo -fue la seca respuesta del fámulo.

Traté de imaginarme las posibles amenazas a que se expone un mendigo incauto que se deja convencer para subir en el auto de lujo de un extraño. Por mi mente desfilaron las más descabelladas posibilidades. Ninguna, sin embargo, me resultó lo suficientemente inquietante. Es fácil jugar a la ruleta rusa cuando nos da igual que la bala salga o no, y yo tenía tan poco que perder que me hubiese dado lo mismo jugar a la ruleta rusa con una automática en lugar de un revólver.

-Un momento -dije-, debo recoger mis cosas.

-A donde vamos no las va a necesitar -aseguró él.

-Al menos déjeme llevar mi cerveza -insistí.

-Tampoco le va a hacer falta -replicó-, dispone de un bar pequeño, pero bien surtido, en el interior del auto.

Embarqué pues sin más consideraciones, me serví un largo trago de un más que venerable Ardborg

Vintage y me arrellané en el mullido asiento de cuero color solferino. El automóvil se puso en marcha en dirección a Hide Park y al llegar al Arco de Mármol dobló por Park Lane hacia el sur.

- Magnífico día ¿no le parece, señor? -comentó el chofer en una tibia tentativa por iniciar una conversación trivial.

Sin duda el hábito debe de hacer al monje, al menos en gran medida, pues desde el confortable asiento posterior del suntuoso automóvil, con mi whisky de lujo en la mano, repliqué secamente:

-No es asunto nuestro. Límitese a conducir, amigo.

Cuando tras un breve y silencioso trayecto nos detuvimos en Belgrave Square, frente a una lujosa mansión de estilo tudor, tras haber dado cuenta de todas las existencias del bar, me hallaba tan regiamente borracho como un Lord.

-Es aquí, señor -indicó el chofer y, tras apearse y dar la vuelta al auto, me abrió servicialmente la puerta y me ayudó a bajar.

Aguardamos unos instantes hasta que un mayordomo enmascarado me franqueó la entrada y me escoltó a través de un intrincado laberinto de vestíbulos italianos, elegantes salones isabelinos e interminables galerías de cuadros y esculturas. Conforme caminábamos fui desorientándome. Pero, aunque no tenía a mano piedrecitas con las que ir señalando el camino de regreso en caso de que me hubiese visto en el trance de tener que salir de allí huyendo, tengo la vaga conciencia de haber dejado tras mis torpes pasos ebrios un desolador rastro de jarrones chinos y figuras de porcelana de Sèvres

o cristal de Murano hechos añicos. En más de una ocasión a lo largo de aquel recorrido, el diligente mayordomo enmascarado hubo de rescatarme del abrazo tenaz de una armadura, de los insidiosos pliegues de algún biombo japonés o del reciarío acoso de un tapiz gobelino.

De repente a aquel espacio suntuario sucedió un pasadizo subterráneo sembrado de nichos llenos de osamentas que resplandecían con fulgor fosforescente y que me transmitieron un ligero chispazo de inquietud. Finalmente, tras franquear una puerta de acero, desembocamos en una inmensa cripta en cuyo centro un foco de luz, que parecía surgir de la nada, iluminaba una larga mesa tras la cual se hallaban sentados seis individuos con los rostros cubiertos con capuchas negras, antifaces o picudas máscaras de porcelana. Conforme nos fuimos acercando comprobé que tres de aquellos caballeros vestían de rigurosa etiqueta, mientras que los tres restantes se hallaban cubiertos con mugrientos y desastrados harapos. Uno de estos últimos llevaba sobre la cabeza un turbante destrenzado que me recordó un retrato flamenco que había visto en cierta pinacoteca cuando aún creía que el arte podía tener algún sentido, es decir, en alguna de mis anteriores reencarnaciones.

Cuando me hallé frente a la mesa reparé en que el mayordomo enmascarado había desaparecido y, por tanto, los últimos pasos hacia la zona iluminada los había hecho en solitario, acuciado por esa inercia, casi siempre fatal, que encamina a las polillas y a los místicos en dirección a la luz. Uno de los embozados, que vestía chaqué con un fajín de seda color celeste y

gastaba un grueso bigote y un largo y plutocrático cigarro, se levantó de su asiento y, dirigiéndose a mí, habló de esta guisa:

-Naturalmente, usted se está preguntando en estos momentos quiénes somos y para qué le hemos hecho venir a este lugar -hizo una breve pausa y, ante mi gesto de asentimiento (apenas podía hablar, tan asombrado y borracho me hallaba), reanudó su discurso-. Permítame que le exponga la situación sin rodeos ni circunloquios: los que aquí ve constituimos el Gobierno Secreto del Mundo. Sin duda le sorprenderá el hecho de que el gobierno que rige los destinos del orbe se componga de un mismo número de potentados que de mendigos. No debe extrañarse sin embargo. Existe algo común que nos hermana: ambas castas nos hallamos por igual perfectamente instaladas, ya sea en la miseria o la opulencia, y tanto los unos como los otros somos absolutamente remisos a cualquier cambio, a cualquier modificación por mínima que sea del statu quo. Los unos por no tener nada y los otros por tenerlo todo, poseemos además un capital inmenso, un inapreciable tesoro: disponemos libremente del tiempo.

Mientras hablaba observé que algunos de los presentes habían comenzado a realizar extraños actos, cuyo profundo sentido simbólico no estaba yo en condiciones de penetrar. Uno de ellos, un mendigo de abundantes cabellos ensortijados de color pajizo, sacó del bolsillo de su lastimoso gabán una bocina que comenzó a hacer sonar de forma festiva e insidiosa a mi lado. Al hombre del turbante se le desprendió una de sus orejas que golpeó sobre la mesa con el ruido

seco de un leñazo invertido. Uno de los individuos ataviados con frac y sombrero de copa despiojaba con gestos maternales, mientras susurraba una especie de nana o jaculatoria, a uno de los andrajosos. El otro se puso a andar sobre la mesa en las palmas de las manos sin que se le desprendiera de la cabeza un sombrero cónico y unaminiano que llevaba en ella.

-Antes de revelarle lo qué pretendemos de usted -continuó el hombre del cigarro- permítame ponerle en antecedentes respecto a la labor y los fines de nuestro Gabinete Secreto. Usted, como observador privilegiado del mundo, como rentista que dispone de una gran fortuna en tiempo, habrá llegado sin duda a la conclusión de que el espectáculo humano es deplorable. La carencia de tiempo, amigo mío, es una enfermedad endémica en este mundo. La vida de casi todos nuestros congéneres se asemeja cada vez más a la tonadilla “viciosa” de su compatriota Chicho Sánchez Ferlosio (transmítale mis saludos si lo ve). Fulano, por ejemplo, tiene un microondas porque no dispone de tiempo para cocinar, cuando en realidad podría emplear cocinando el tiempo que dedica a trabajar para comprarse un microondas. Mengano tiene un automóvil porque no le queda tiempo para caminar, y no tiene tiempo para caminar porque dedica casi todo el tiempo de que dispone a ganar el dinero suficiente para pagar su automóvil. El hombre trabaja porque no tiene tiempo para vivir y no tiene tiempo para vivir porque trabaja... En fin, no deseo aburrirle con prolijidades.

-¡Hum, hip, uf! -balbucí trémulo en mi lengua nativa.

-Tal como usted sabe o intuye -prosiguió-, existe una constitución universal no escrita cuyo primer

y único artículo proclama que el deber fundamental de la humanidad es producir y su único derecho consumir. Este binomio, este movimiento alterno, tan esencial ya como el ritmo del corazón, el pulso de las mareas o la sucesión de las noches y los días, mueve hoy el mundo y hace que éste se sostenga sobre el vacío. Si el ser humano se detuviese sólo un instante y meditara sobre el sentido real de todo esto, advertiría el absurdo en el que se desarrolla su existencia y el sistema, ay, se vendría abajo como un castillo de naipes. Sólo la irreflexión y la repetición mecánica y ensimismada de esos dos actos, permite a nuestra civilización mantenerse sobre el vacío, como ese coyote que en la clásica y divertida caricatura persigue al corre caminos sobre un precipicio y sólo al detenerse y mirar hacia abajo se precipita en el abismo. Únicamente nosotros, los amos del tiempo, desde nuestras aceras o nuestros salones, somos conscientes de ese fenómeno y ese conocimiento es lo que nos une y hace poderosos. El resto de los hombres se halla flotando en el aire como coyotes persiguiendo una vaga quimera y rezando a los ilusorios dioses de la economía o de la psiquiatría para que no les dejen caer en la tentación de mirar al Vacío.

Dio una larga calada a su cigarro y siguió hablando:

-Naturalmente toda esta compleja dinámica, esta inercia, este ensimismamiento de la humanidad que impide que el sistema se desplome, implica un largo proceso previo de banalización, de cretinización, de destrucción sistemática de la memoria, un proceso

de empobrecimiento universal que, aunque pueda parecer lo contrario, no es fruto del azar, es decir, de la tendencia general del universo al caos, sino que responde a un plan minuciosamente concebido y ejecutado.

-¡Uf, hip, hum! -ocurrí yo, abrumado, en castellano.

A estas alturas de la perorata el mendigo desmontable observaba perplejo sobre la palma de su mano su propia nariz que se le había desprendido al rascársela y por cuyo agujero izquierdo aún asomaba una postrera secreción catarral. El hombre de la cocina había sacado de los bolsillos de su gabán una sombrilla y una maquina de tricotar que había ido colocando sobre la mesa con una evidente intención estética. El pordiosero despiojado defecaba en el suelo ante las miradas codiciosas de los dos caballeros de etiqueta. Hubo un momento en que al más corpulento de ellos se le desprendió la máscara de porcelana y por un instante creí ver (tal vez fuera una ilusión) las aireadas facciones del actor Victor McLaglen, aunque quizás se tratase de Lionel Barrymore, pues nunca tuve demasiada retentiva para eso del cinematógrafo.

-Nosotros precisamente -continuó el celeste enfajinado-, como Gobierno del Mundo, tenemos la misión de velar para que el sistema no caiga y, por tanto, somos los encargados de crear y propiciar las condiciones idóneas para que el Ensimismamiento Universal permita que el mundo se sostenga en nuestro provecho. Para ello es preciso ejecutar una serie de ritos como, verbigracia, evitar pisar las juntas del embaldosado cuando se camina por la acera; contar el número de tus años antes de que aparezca

el autobús; llevar una contabilidad minuciosa de las matrículas de los coches; rumiarse mentalmente hasta la náusea el estribillo del aire popular “El Chiringuito”, etc., etc. En fin, todos esos gestos que la moderna elocuencia ha dado en llamar compulsivos, constituyen en realidad los vestigios de un atávico ritual ya olvidado que debemos poner en práctica entre todos para preservar la integridad del mundo. Pero como Gobierno Secreto del Orbe poseemos también la prerrogativa de elegir a la persona que ha de simbolizar nuestra unión, asumir la más alta representación de nuestra sinarquía o cronocracia y detentar, por tanto, el poder absoluto del mundo. Y aquí, amigo mío, es donde entra usted en juego. Tras una larga deliberación, en la que se han tenido en cuenta aspectos tan pertinentes hoy en día como la discriminación positiva, esta Asamblea ha decidido nombrarle Soberano Secreto del Universo.

Dicholocal vino hacia mí y me golpeó en el hombro con un rígido escobón con tal fuerza que, debido al estado en que me hallaba, casi me hizo dar con los huesos en el suelo. Antes de tener tiempo siquiera de abrir la boca para pedir algún tipo de compensación por la prerrogativa que el Gobierno Secreto del Mundo se había tomado conmigo o fijar al menos una retribución pecuniaria para el sostenimiento de mi corte y casa, el mayordomo enmascarado, que había hecho su aparición inesperadamente como un deus ex machina, me empujaba ya de malos modos hacia la salida. Entre tanto, los miembros del Gobierno del Mundo se hallaban entregados a un cafarnaum indescriptible. Antes de abandonar la cripta a



trompicones bajo las firmes embestidas y capones del mayordomo pude observar tales escenas que su sola mención aquí resultaría un atentado a la cordura. Seguí (o, por mejor decir, precedí) dócilmente a mi guía que me condujo hasta una puerta de servicio por la cual me hizo salir a la calle de un violento puntapié en el trasero. Allí me aguardaba el chofer negro, quien también a empellones me hizo subir al Bentley y condujo en dirección norte hasta el lugar donde había quedado mi saco de dormir y mi lata de cerveza Tennent's Super. Con inmensa pesadumbre comprobé que las existencias del pequeño bar del auto no habían sido repuestas.

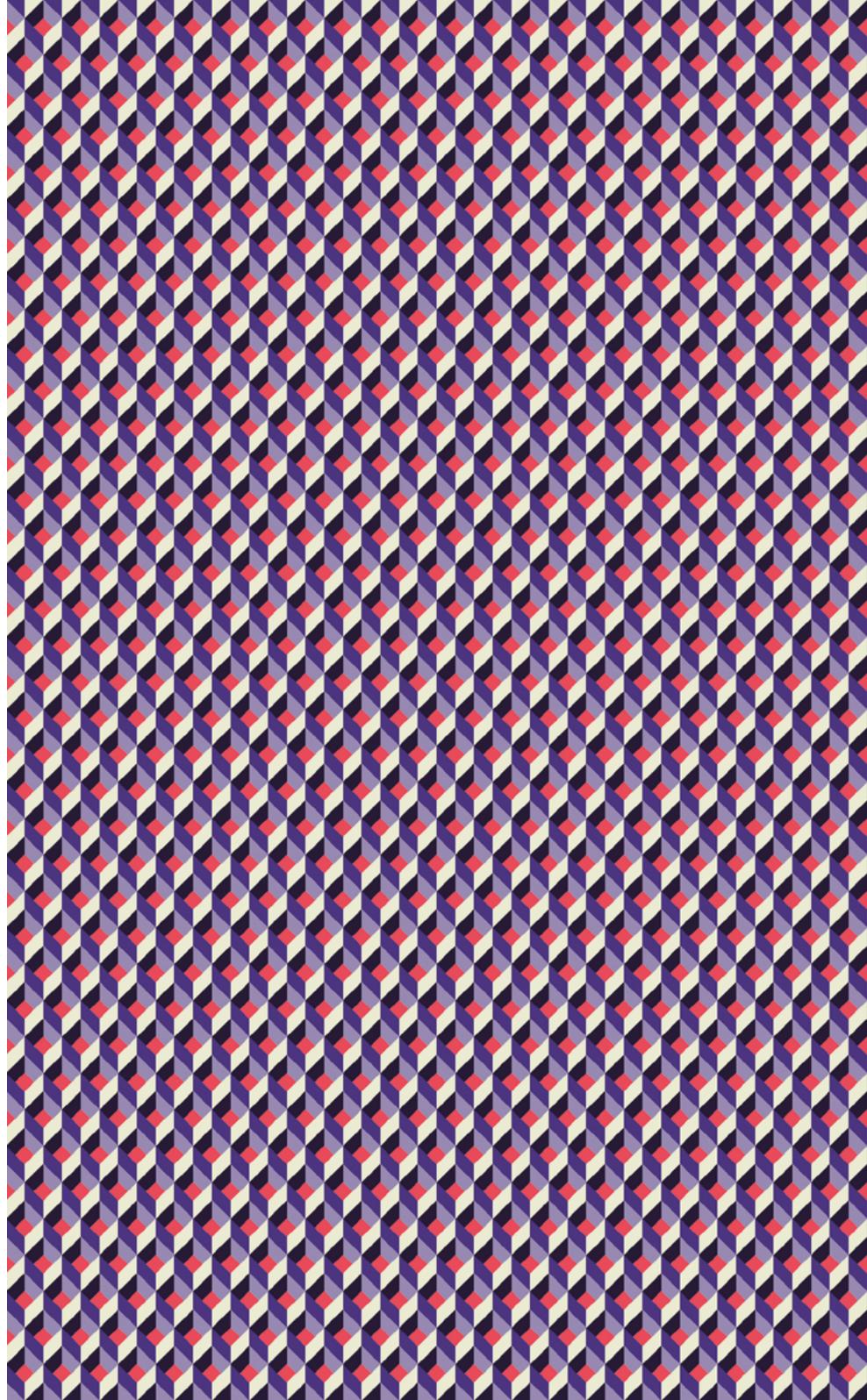
-Un tiempo esceende, ¡hip! ¿No le baece? - farfullé en algún momento del viaje. Pero el chofer se limitó a emitir un gruñido hostil.

Cuando llegamos abrió la puerta trasera y casi arrastras me hizo bajar del auto. Luego, de nuevo al volante del Bentley, dobló por la majestuosa curva de Regent Street hacia Piccadilly Circus y se perdió para siempre de mi vista.

Y así fue como, sin comerlo ni beberlo -esto último, naturalmente, es un decir-, llegué a gobernar, desde mi acera de Oxford Street, los destinos del mundo.

SE ACABÓ DE EDITAR ESTE
LIBRO EL DÍA 17 DE OCTUBRE
DE 2006, ESTANDO AL CUIDADO
DE LA EDICIÓN EL SERVICIO
DE PUBLICACIONES DE LA
UNIVERSIDAD DE HUELVA





COLECCIÓN
ZENOBIA

CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS CORTOS **ZENOBIA**



Universidad
de Huelva



Ayuntamiento
de **Moguer**